

Una vida laboriosa

He ahí una historia guixolense auténtica. Un día para el caso no importa cual, pero si el año, el de 1.911, o sea cuarenta y seis años atrás, la ciudad recibía a una maestra joven; una maestra que confababa veinticuatro años Venía a ejercer una abnegada labor: el magisterio. En las páginas de la vida de aquella joven se abría uno de sus capítulos que sería muy prolongado. Primero, por la voluntad divina y luego por la laboriosidad y el inquebrantable amor a la Escuela.

No eran aquellos tiempos nada lisonjeros para el pecunio de todos los de su profesión. En compensación, sin embargo, existía otro pecunio, moral éste, que sí era lisonjero: el aprecio y simpatía de los padres para con los maestros y maestras.

Y esta gratificación iba a ser asignada a aquella joven maestra, quien con el correr de los tiempos sería distinguida con el nombre de Doña Rosa.

Si, Doña Rosa ha venido ejerciendo su magisterio durante cuarenta y seis años entre nosotros con una ejemplaridad y constancia admirables. Ha ido formando y educando, con sencillez, a un sin fin de tiernas generaciones, ciudadana y cristianamente. Y ahora, aquel capítulo que se abriera en el libro de su vida en un lejano día del año 1.911 se cierra simpáticamente.

Doña Rosa se jubila, ahora, cuando cuenta, gracias a Dios, setenta años. Rodeada del cariño de sus compañeros de profesión y del de los pequeños, con la misma sencillez que caracterizara su labor, va a recibir el homenaje de afecto y gratitud de todos. El homenaje de aquel pecunio que ha sido lisonjero siempre.

Y con ello, al retirarse a su hogar, se abrirá un nuevo capítulo en el libro de su vida: el del descanso ejemplarmente logrado.

Ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS 7 DE MARZO 1957 - NÚM. 474 - AÑO IX



Como decía el «cronista» la semana pasada, remedando al poeta, aunque las cosas de este mundo tengan una verdad absoluta, incontrovertible, según las razones inmutables de su misma naturaleza, es evidente que los humanos por la razón relativa de nuestra propia imperfección no las vemos todos de la misma manera o, como decía él, no las vemos del mismo color.

Así que ponemos los pies en este mundo empezamos a adquirir, querámoslo o no, un acervo de prejuicios, cada día más creciente y variado, y difícilmente, por no decir imposiblemente no podemos librarnos de ellos ni con el más esforzado intento de nuestra voluntad.

Ocurre pues que al enjuiciar una persona o un hecho cualquiera lo hacemos a través de los cristales de los propios prejuicios y de los conceptos preestablecidos inherentes a nuestro modo de pensar, y no podemos, por lo tanto, estar bien seguros, que nuestro criterio tenga la objetividad necesaria para que sea absolutamente ecuánime y desinteresado.

Esto viene a cuento a raíz de las opiniones contrapuestas existentes en nuestra ciudad respecto a si es necesaria y útil la publicación de un semanario local - llámese «Ancora» u otro nombre -, o por el contrario si su presencia es completamente prescindible y hasta cierto punto indeseable.

Sabemos, porque hemos captado expresiones de uno y otro lado, que de la misma manera que hay quien opina que nunca debe dejar de publicarse un vocero popular informativo y de crítica, favorable o adversa también en el campo contrario hay quien considera su labor contraproducente y negativa, pues, según los que así piensan, mas

bien es un estorbo que una ayuda en el buen camino de los asuntos de la cosa pública.

Claro está que el número de los que forman en uno y otro campo no es equivalente. Son muchos más los que piensan en sentido favorable que no los contrarios. Se comprende. Solo puede molestar la crítica a los que se sienten

afectados desfavorablemente por ella. Nunca disgusta un juicio o un comentario si en él vemos defendidos nuestros intereses, y en este sentido siempre seremos los mas si la publicación tiene como norma y bandera el servir el bien general por encima de los intereses particulares.

De ahí que a fuer de imparciales - y a pesar de lo difícil que es la imparcialidad, como dijimos al empezar este comentario - debemos tener en mucha más estima el criterio de los partidarios de las publicaciones locales, ya que se basa en la indiscutible fuerza de la defensa del bien común.

No quisiéramos, sin embargo, se viera en nuestras palabras prurito alguno de autoalabanza. Mucho menos, afán de sostener una cosa en vistas a obtener de ella gages personales. El que sepa lo que representa mantener un semanario en las precarias condiciones en que hay que hacerlo en un ámbito provinciano puede ser testimonio de nuestra sinceridad.

Si que nos congratularíamos, empero, que tanto en un sentido como en otro hubiera alguien que se manifestara abiertamente, y con razones, sobre si la labor que realizamos gestando las páginas de «Ancora» se considera útil y necesaria o bien si las modestas energías que empleamos en ello serían más eficaces orientadas hacia algo más concreto y tangible, como, por ejemplo en un negocio personal y rediticio como el realizado por otros ciudadanos para quienes las presentes páginas son completamente baldías.

Serían al propio tiempo bazas a favor o en contra que podríamos presentar siempre que se tratara de discutir si es o no es necesaria la publicación de un semanario local como éste.